

nal relieve histórico, aunque se interpretara de maneras diversas y contrastantes” (p. 650).

“Pero la decisión más significativa, que debía conferirle un sentido inesperado a su pontificado, debida a su iniciativa personal y reivindicada por él mismo como acto preeminente de su propia jurisdicción, fue convocar un concilio ecuménico de la Iglesia. En la fecha del anuncio, el 25 de enero de 1959, en la basílica de S. Pablo Extramuros, a los cardenales reunidos al terminar la semana de plegarias por la unidad de los cristianos, expresó también la intención de convocar un sínodo diocesano y de proveer sucesivamente a la reforma del Código de derecho canónico. Si bien la reacción del Colegio cardenalicio resultó fría y preocupante, a diferencia de la que prevaleció en la opinión pública, G. prosiguió su camino con determinación. Constituyó el 16 de mayo una comisión ante preparatoria compuesta de representantes de la Curia, presidida por Tardini –el secretario de Estado– con la misión de realizar una consulta a todo el episcopado católico; e introdujo, el 14 de julio, un corte en las confrontaciones con el incompleto Concilio Vaticano I, mediante la decisión que el futuro concilio se denominaría Vaticano II, desmintiendo la opinión que consideraba

superada en la cabeza de la Iglesia toda dinámica conciliar. El otra ocasión definió el proyectado concilio como un nuevo Pentecostés, remarcando el significado del acontecimiento sobrenatural y renovador apoyado en la acción misteriosa del Espíritu” (p. 650). De no menor importancia destaca más adelante Traniello: “Al margen de la preparación del concilio, pero en directa conexión con el espíritu y la finalidad que entendía imprimirle, G. desarrolló una intensa iniciativa de naturaleza ecuménica e inter-religiosa, interviniendo en muchas ocasiones en cuestiones vinculadas con el tema de la paz, uno de los argumentos dominantes de su primera encíclica *Ad Petri cathedram* del 29 de junio de 1959. Estrechó relaciones con el patriarca ortodoxo de Constantinopla, Athenagoras, y recibió la visita del primado anglicano G. F. Fisher (2 diciembre 1960). Encomendó al jesuita alemán A. Bea, apenas elevado a la púrpura y destacado exponente de la línea de renovación de la exégesis bíblica católica –expuesta en los años 1959-1962 a virulentos ataques de los ambientes tradicionalistas–, la constitución y la presidencia de un organismo enteramente nuevo, independiente de los aparatos de la Curia y encargado de las relaciones con las Iglesias y denomina-

ciones no católicas, el Secretariado para la Unidad de los cristianos. Agreguemos que finalmente fueron eliminadas las expresiones ofensivas para los Israelitas presentes en la liturgia católica de la Semana Santa y en las rúbricas del breviario y del misal” (p. 651). Cuatro páginas más adelante concluye: “murió el 3 de junio de 1963, día de Pentecostés para el calendario litúrgico de la Iglesia católica. G. fue beatificado el 3 de setiembre de 2000”. El autor también dedica más de una hoja a la bibliografía, entre cuyas fuentes –más allá de los Archivos de las diócesis de Bérgamo y Venecia y los Vaticanos– destaca los múltiples trabajos de Mons. Loris Capovilla, quien fuera su secretario y pasara su vida dedicado a recordar los méritos del Santo Padre.

Al final de la obra se agrega una útil cronología elaborada por Charles Burns y un artículo –con ilustraciones– elaborado por Ferruccio Feruzzi sobre la heráldica papal y los escudos de cada uno, a partir de Urbano IV (1261).

La actualizada bibliografía de libros y artículos que completa cada Papado – y aún la inclusión de los “anti-papas” – convierten estos volúmenes en una obra de consulta indispensable para el conocimiento de las distintas etapas de la historia de la Iglesia en particular y

de la Historia en general, aportando un invalorable material para nuevas investigaciones.

Una buena y amplia selección de láminas en colores, además de acrecentar la calidad de la obra ayuda a una mejor comprensión del texto.

Los historiadores recibimos con especial beneplácito esta obra “monumental” que ya significa un hito en el arduo camino de la investigación histórica.

FLORENCIO HUBEÑAK

ALESSANDRO MAGGIOLINI, *Declino e speranza del cattolicesimo*, Milano, Mondadori, 2003, 196 pp.

Una reseña de estas características debiera comenzar preguntándose por qué un historiador se interroga sobre un libro vinculado a “lo religioso”, y la respuesta encontrada fue que la lectura de esta obra –referida a la situación actual del catolicismo– fue realizada y considerada desde la óptica histórica.

Comencemos –como es habitual– preguntándonos pro el autor. Alessandro Maggolini es un sa-

cerdote italiano de más de setenta años, que en 1989 fue consagrado obispo de la diócesis de Como, tras un breve paso por Carpi. Su extensa tarea pastoral local se completa con una importante labor intelectual que le tiene por redactor en *L'Osservatore Romano* y en *Il Giornale*, además de la autoría de libros significativos como *La santa paura. L'arte di morire*. Pero fundamentalmente, más allá de integrar la Comisión para la educación y cultura de la Conferencia Episcopal Italiana fue el único obispo de esa nacionalidad que integró –junto con nuestro compatriota Estanislao Karlic– el Consejo de redacción del Catecismo de la Iglesia Católica. Ello nos permite percibir que se trata de un prelado reconocido en el episcopado italiano, cuya formación y opinión es altamente valorada.

La obra que hoy nos ocupa surgió con motivo de las preocupaciones de Monseñor Maggiolini por la “crisis” que atraviesa la Iglesia Católica, su “decadencia”, cada vez más señalada en los medios de difusión masiva internacionales y el intento de ofrecer una respuesta a la misma. Para ello intentó buscar las raíces de los problemas –sin ocultarlos– y ofrecer respuestas esperanzadas.

Ya en la introducción acepta que le resulta doloroso describir la

fragilidad de los hombres de la Iglesia, a la que ama apasionadamente.

Sus interrogaciones –que abarcan veintiocho breves capítulos– comienzan preguntándose por la esencia del cristianismo –más que un complejo de ritos, prácticas devotas, afirmaciones teóricas y preceptos morales– pero también todo eso y fundamentalmente Cristo, el mismo Verbo de Dios vivo encarnado en la naturaleza humana de Jesús de Nazaret (cfr. p. 14) y resucitado, “sentado a la derecha de Dios Padre”, según refiere el credo. Maggiolini subraya que, entonces, “se comienza a ser cristiano en el momento en que se cree en Cristo salvador, existente con nosotros en su humanidad y en su divinidad” (p. 18). Por otra parte –continúa en el capítulo siguiente– “la Iglesia es sobretodo la presencia del Señor Jesús –vivo, verdadero, real, hombre y Dios– que obra a través de ella para la salvación del hombre y del cosmos” (p. 20). De allí se desprende la santidad de la Iglesia *ex maculatis (noi) immaculata (in Cristo)* según san Ambrosio, como también la situación personal de pecadores de sus miembros.

En el capítulo IV el autor acenúa el problema de la identidad del cristiano, profundamente cambiante de una situación que “estaba impregnada en la fe aún en sus

expresiones más seculares” al “nuevo paganismo” de nuestros días. En este aspecto Maggiolini destaca la condición de persecución y martirio como un misterio innato al cristianismo a partir de la pasión de Cristo –simbolizado incluso en la eucaristía (*culmen et fons*)– y anticipado por el propio Jesús en aquellas: “Seréis perseguidos en mi nombre”.

Más adelante advierte sobre los riesgos de una sobre valoración “fundamentalista” de las Escrituras, origen de muchas herejías, recordando que ésta “es útil e indispensable para la vida de la fe y de la gracia, pero apoyada y dependiente de la *mens* del Señor Jesús donada por el Espíritu e interpretada en la tradición viviente de la Iglesia” (p. 47) y expuesta en el credo, desarrollado en un catecismo; hoy en trámite de una nueva redacción actualizada.

El punto siguiente del libro se refiere al magisterio eclesiástico, cuya expresión considera, a veces excesiva y densa, además de manipulada por los medios de comunicación para la *mass media*, que difunden exclusivamente los puntos más afines a sus intereses y fuera de contexto, ocultando información esencial. Asimismo el autor advierte sobre los riesgos del “diálogo” –hoy de moda y cuya importancia no niega (cfr. p. 61)?

que muchas veces difumina el núcleo fundamental de la doctrina.

El capítulo VII se centra en los riesgos de la “diaconía”, –aspecto pastoral? que –según el autor– parece estar reemplazando la tarea misional del “Ir y enseñar...y bautizar...” o dicho en términos de Maggiolini se diluye “el servicio de la verdad y de la vida sobrenatural, en cuanto valores, respecto a la ayuda material y humana que se puede y se debe dar a los pobres” (p. 59).

Tampoco es ajeno al autor el tema de una reforma de la Iglesia, aclarando que “la Iglesia debe conservar cuanto depende de la intención de Cristo y puede cambiar cuanto recibió de las contingencias históricas” (p. 65), aceptando que se trata de una cuestión sumamente compleja, ya sea por su difícil diferenciación como por el permanente proceso de inculturación. Sintetiza que la reforma debe realizarse “dentro de la Iglesia” y no frente a ella; con santidad, sabiduría y prudencia (no siempre presentes) y con la participación de todos los creyentes, que son la Iglesia.

Un aspecto particularmente conflictivo –en nuestra sociedad anárquica actual– es el de la autoridad y obediencia. Sobre el particular escribe el autor que ésta es siempre *sacrificium intellectus et voluntatis*, y Cristo es el siervo modelo; aspectos que le permiten interro-

garse una vez más sobre “¿una iglesia de elite o una gran Iglesia?”.

Aceptando que la Iglesia de hoy no posee el poder que tuvo en otros tiempos, Maggiolini señala que se observa “una praxis religiosa residual” (p. 80), que conduce a una iglesia minoritaria (“¿encontrará fe en la tierra?”). Pero el autor advierte que –sin perjuicio de esta realidad– “estamos bien lejos de la mitificación de un grupito de elegidos que se complacen de adherir a la Iglesia y de adherir algo ostentadamente” (p. 82).

En el aspecto moral no omite referirse al tema de la libertad, que circunscribe a sus límites, para señalar luego que el pecado –tan poco mencionado últimamente– es personal y la culpa no puede considerarse de dimensión comunitaria, pues ello anula la libertad y la responsabilidad individual; ello no anula las consecuencias comunitarias en el Cuerpo Místico que es la Iglesia.

Luego el autor asume el tema de la muerte, observando que más allá de la “corriente de moda” en ocultarla, está presente y debe asumirse (“de que vale ganar el mundo si al final se pierde el alma”). Este aspecto le permite incursionar en cuestiones hoy ocultadas como el infierno, aclarando que “el paraíso no está en el cielo detrás de los astros, como el infierno

no está en las profundidades –en el centro– de la tierra. No es un lugar” (p. 113), y “no se sabe bien en que cosa consiste” (p. 114): es más una imagen que un concepto, pero sin lugar a dudas incluye la privación de la visión directa y beatífica de Dios. En última instancia, no se trata de saber, sino de esperar” (cfr. p. 117). En el capítulo siguiente se refiere al diablo, sin omitir inclusive la temática de los exorcismos, sobre los que la Santa Sede publicara un documento oficial hace poco tiempo.

En la parte siguiente el autor se orienta hacia el papel que le cabe al cristiano, retomando aspectos tan poco afines al hedonismo actual como la mortificación, la penitencia, la fuga del mundo, la lucha espiritual (con uno mismo) (aquel tradicional: el mundo, el demonio y la carne, que hoy parecen hasta “ridículos”). Maggiolini advierte que debemos estar preparados, como Pablo en su cartas a los Tesalonicenses y Efesios, “debemos revestirnos de la fe y de la caridad como de una coraza, y de la esperanza en la salvación como de un yelmo” (cfr. p. 138).

El autor subraya la importancia de la presencia real de Cristo entre nosotros. Como historiadores no parece redundante recordar que el cristianismo (especialmente católico) es la única religión que afirma

que “Dios se hizo hombre y vivió entre nosotros”.

El capítulo XXII se refiere a las vocaciones sacerdotales –y tras señalar su escasez actual– examina los problemas (celibato incluido) y propone caminos, para referirse en el capítulo siguiente a la cuestión litúrgica, criticando –especialmente? la aplicación de sus reformas entendidas como un vaciamiento de su sentido sacral y misterico, como lo expresa el propio cardenal Ratzinger en una reciente obra. En este acápite rescata la importancia de la plegaria –tan ajena a nuestro mundo activista– y especialmente el rosario. Cabe destacar que el autor rescata el papel del Concilio Vaticano II, al que considera para la comunidad cristiana como algo análogo a los ejercicios espirituales para las personas de fe (cfr. p. 157).

En el último capítulo –sus conclusiones– que denomina sintomáticamente “pesimismo/esperanza”, el autor advierte que más allá de la imagen pesimista fundada en una sensibilidad que –por su raíz iluminista que impregna el mundo secularizado– niega la providencia Divina y la misma libertad humana mostrando su actitud pagana, el cristiano debe mostrar su amor a la Iglesia, basada en la presencia permanente de Cristo eucaristía y la promesa de la asistencia del Espíritu Santo.

Como historiador y a manera de síntesis concluyamos que el obispo Maggiolini rescata la esencia –a veces ocultada– de nuestra fe y nuestra creencia para –basado en ella– aportar un mensaje esperanzado sobre el futuro del catolicismo en los comienzos del Tercer Milenio, cuyos primeros frutos –aún débiles– parecen apreciarse en lugares muy diversos y aparentemente inconexos ante nuestros ojos humanos.

FLORENCIO HUBEÑAK

MASSIMO FAGGIOLI – GIOVANNI TURBANTI, *Il Concilio inedito*, Bologna, Il Mulino, 2001, 165 pp.

Acaba de llegar a nuestras Amanos, coincidente con la conclusión de la edición de la monumental obra del historiador Giuseppe Alberigo sobre el Concilio Vaticano II este pequeño libro coordinado en el *Instituto per le scienze religiose* de Bologna que agrupa las fuentes e instrumentos de investigación empleados para el estudio del citado Concilio, que marcará un hito en la historia de la Iglesia en el siglo XX y que pensa-